

emergió bromeando de la explosión (pese a que la bomba le había reventado ambos tímpanos y arrancado los pantalones de cuajo). Las dolencias resultantes fueron la excusa perfecta de Hitler para avanzar en el menú de estupefacientes. El otorrino Erwin Giesing fue llamado al cuartel general para que mitigase los dolores, y su solución fue emplear el “veneno de la degeneración judía” que tanto odiaban (de boquilla) los nazis: cocaína. Hasta octubre de 1944 Giesling le administró a Hitler cocaína pura en napia y faringe, como si ambos estuviesen en un WC de macrodisco. “Qué bien tenerle aquí, doctor. La cocaína es fabulosa”, le dijo (literalmente) Hitler, billete en tabique nasal, con la gratitud del cliente que acaba de esnifar una raya gratis de su *dealer*.

Hitler se concentraría en cocaína y Eukodal combinados, su CK particular, hasta finales de 1944. Sólo era capaz de funcionar si se drogaba, de lo contrario era una “espantosa piltrafa babeante” (como dijo el general Von Manteuffel). Ese todo-por-la-napia hitleriano explica también la fatídica ofensiva de Las Ardenas, que el caudillo decidió emprender ignorando a su Estado Mayor, como un cocainómano descerebrado que insiste en meterse más *fato* pese a que sus amigos ya han sufrido varias hemorragias nasales. Y hablando de amigos: la creciente ingesta de Hitler provocó que su entorno directo empezase a acudir a Morell para poder *follow the líder-líder-líder*. El Nido del Águila debía parecer el club Hacienda de Manchester hacia 1989.

Se nos han acabado las drogas, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Por supuesto, no hay yonquis longevos. Todo el *esta-sí-esta-no* le acabó pasando factura a Adolf, quien a comienzos de 1945 ya era un despojo incurable. Dejó los estimulantes en enero (los suministros de Eukodal se agotaron), y entró en un brutal síndrome de abstinencia que le incapacitaría del todo para el mando. En abril de 1945 despidió a Morell (inútil camello sin producto), que procedió a volverse loco de inmediato y ni siquiera fue capaz de declarar en Núremberg (murió demente en 1948). Y ustedes ya saben lo que sucedió el 30 de abril en el búnker: Hitler se suicidó con ácido dianhídrico y un tiro en la cabeza, tras haber sumido a un mundo entero en la oscuridad.

Hoy vemos que todo aquello no fue un “triumfo de la voluntad”, sino el efímero subidón de un superyonqui. Las sustancias adictivas quizás no descarriaron a Alemania, pero, como resume Ohler, aceleraron un hundimiento que ya estaba predestinado de fábrica. |

Norman Ohler

El gran delirio. Hitler, drogas y el III Reich

CRÍTICA, 390 PÁGINAS, 21,90 EUROS

A la derecha, ilustración para la portada del libro ‘¿Nos matan con heroína?’ realizada por el dibujante sevillano Miguel Brieva

¿nos matan con heroína?

K.A.

La respuesta breve de Juan Carlos Usó (Nules, 1959) es que el Estado no nos mata con heroína. Ya pueden llamar a su camello con la seguridad de que no pertenece al Cesid. La menos breve concluye que jamás existió una conspiración *biopolítica* destinada a sojuzgar con opiáceos a la airada juventud de la transición, y que se trató únicamente de corrupción policial desmadrada.

Usó señala un tufo moralista en la gestación de la conspiranoia, con los movimientos obreristas de los años treinta hablando de un “liberticidio” narcótico orquestado por los “defensores del clericalismo y capitalismo”. Cuando la contracultura española recogió ese testigo, y lo revitalizó con teorías de la contracultura gringa, se limitó a repetir las tesis valiéndose del reconcomio y la sospecha (razonable) hacia el Estado postfranquista, sin efectuar un examen profundo. Usó cita el artículo de Eduardo Haro Ibars de 1978 *Nos matan con heroína* para Ozono como impulsor de la idea de la heroína como “instrumento de control por parte del poder”. La contracultura de los setenta en pleno (de Pau Riba a Pepe Ribas de *Ajoblanco*), así como los punks posteriores, enarbolaron la idea del complot. Usó subraya a los grandes fiscales de dicha componenda, la izquierda abertzale, con declaraciones de HB en 1980 sobre la “mafia de la heroína”, la cruzada contra el tráfico de drogas que inició ETA y el dossier de la asociación Askagintza de 1984, entre otros. Todos aseveran que el infame Estado Español nos metió picos en vena para acabar

con el amonal. Usó busca derribar esa visión con varios argumentos: las teorías no tienen en cuenta la responsabilidad del usuario (tratan a los adictos como niños sin uso de razón, meras víctimas no-pensantes de un genocidio gubernamental); nunca se comenta la patente fascinación filosuicida que despertaba el jaco entre los rocanroleros; se ignora la (perniciosa) influencia de la política prohibicionista; otorga a los presuntos responsables de un programa de esa envergadura una “sobrehumana comprensión de los hechos”, como si –se lo digo con mis palabras– los perpetradores del genocidio opiáceo fueran Lex Luthors omnipotentes en lugar de una cáfila de *picoletos* iletrados. Usó viene a decirnos que, en un

Jamás existió una conspiración para sojuzgar con opiáceos a la airada juventud de la transición

país de chotas y corruptos, ¿cómo puede ser que jamás se hayan destapado evidencias de esta conjura?

Y es ahí donde Usó se pega lo que los ingleses llaman un “tiro en el propio pie”, al enumerar una pasmosa lista de casos de narcotráfico policial en el marco de iniciativas gubernamentales como el GAL, el Plan Zona Especial Norte y la Ley Antiterrorista. Por ejemplo la desaparición de 150 kilos de coca incautada en Irún en 1988, lo que daría lugar al famoso *Informe Navajas*: la confirmación de que existía una “tupida red” de

agentes quienes, amparados en la lucha antiterrorista, y centralizados en el cuartel de Intxaurren, controlaban el comercio de heroína en Euskadi. El *Informe Navajas* desapareció tras ser “sistemáticamente saboteado” por la Benemérita, y el coronel Galindo exculpó a los demás oficiales acusados por Garzón, comiéndose el marrón. Usó sostiene que los agentes traficaban con heroína por afán de lucro, y que la utilizaban como “instrumento y moneda de cambio” para pagar a chivatos, operaciones encubiertas, etcétera, pero se apresura añadir que tal cosa no implica la existencia de un programa trazado desde arriba por una especie de Mago de Oz contrarrevolucionario (mis palabras, de nuevo).

Tras leer el libro de Usó, la sensación prevalente en este articulista es la de *interés suspicaz*. El autor argumenta bien la tesis anti-conspiranoia, pero entonces agarras la prensa y lees que el pasado 15 de noviembre detuvieron al sargento Béjar, de la Comandancia de Algeciras, implicado en una nueva red de narcotráfico. Béjar, qué cosas, fue imputado por la Audiencia Nacional a mediados de los noventa en los sumarios sobre guerra sucia que salpicaron a Intxaurren, y su nombre aparece en el sumario del caso Lasa y Zabala (aunque sería exonerado por Galindo en una declaración firmada). Y entonces sientes aquel molesto cosquilleo en la nuca.

Juan Carlos Usó

¿Nos matan con heroína? Sobre la intoxicación farmacológica como arma de Estado

LIBROS CRUDOS, 272 PÁGINAS, 15 EUROS

